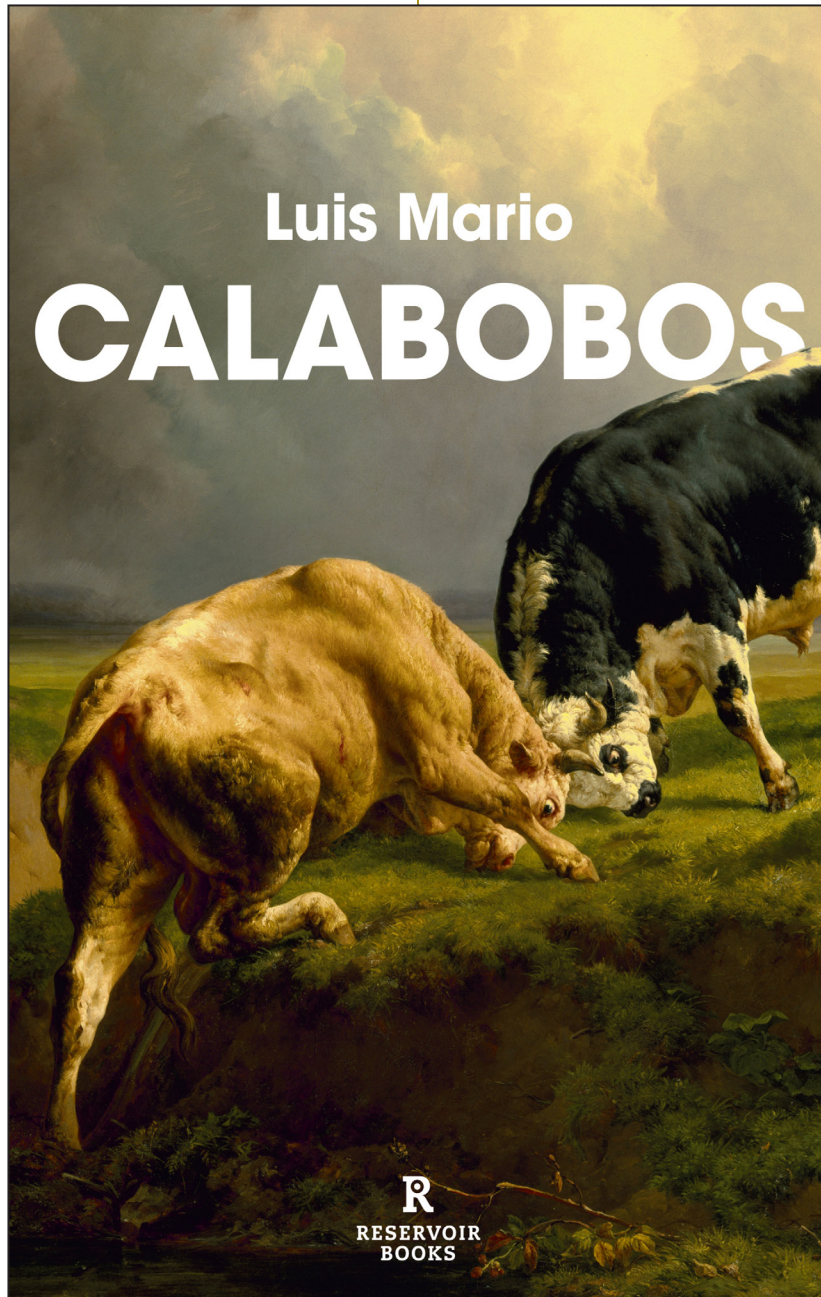




Guía de lectura



Penguin Club de lectura

## LA OBRA

En el norte la lluvia no suena al caer. Calabobos es el nombre que recibe la llovizna silenciosa y pertinaz que cala en la gente de un pueblo desamparado al borde del mar. Encima de un acantilado está la casa del protagonista de esta historia; una casuca, pequeña y llena de charcos, donde viven también su madre, su abuelo y su hermana Mariuca, que nació de un mejillón, que nació de muchas maneras, y ahora anda con zapatos ortopédicos, la barba creciéndole desde las patillas y los puños siempre cerrados, buscando percebes y mejillones entre las rocas. No para cogerlos, como hace su hermano; solo para acercarse a ellos y murmurar algo que suena a una canción.

En el norte cuando viene la pleamar, se va la playa y se van las rocas. Mariuca lo sabe, y es de las pocas en la zona que sería capaz de predecir una galerna. Pero ya es la hora de alejarse de la costa y volver a casa, y sin embargo, Mariuca no aparece. Su hermano sale a buscarla, primero en el prado que lleva a la casa del vecino y a las uñas de gato entre las que a ella tanto le gusta tumbarse para mirar el mar. Y como ahí no está, sigue hacia la playa, a las rocas que pronto van a ser

engullidas por las olas. Es el mismo camino por el que anda a veces su abuelo, y por el que, la mañana de tormenta en la que se mató su amigo Chanín, él, haciendo caso a su madre, se puso a correr en dirección contraria, hacia la montaña y la casa del tío Terio, en donde estuvo viviendo hasta que nació Mariuca. Todo eso ocurrió hace tiempo, pero aquella muerte todavía pesa, una memoria confusa y trágica que la desaparición de su hermana reaviva.

Mientras la marea sube, la lluvia viene de lado y la inquietud aumenta, la pesquisa continúa adelante porque, piensa el protagonista, en la medida que pueda seguir buscando a Mariuca, ella no estará perdida. Y entre tanto enlazan las historias de un territorio bello y brutal en el que se vive empapado, las vacas caen de los acantilados, los hombres las destripan, los gorriones brotan de la tierra, los percebes tienen un sexo descomunal, de los mejillones salen fetos, las mujeres amamantan a perros, en el bosque vive una Mujer Osa, y a su lado, un Hombre Pez; y todo lo que cuenta Nanda La Chona podría ser, en parte, verdad. Porque el norte siempre tuvo algo, y lo

sigue teniendo, aunque el mundo vaya cambiando. Es la lluvia que no suena, la casuca sobre el acantilado, las historias que se cuentan, las desgracias de una familia, y ese mar que hay que aprender a querer, porque aquello que quieres no te puede matar.

Paisaje de mar, llovizna y galernas, de prados verdes, acantilados y rocas engullidas por la marea, el norte es un microcosmos, el centro mismo de *Calabobos*, cuarta novela de Luis Mario, un autor joven de origen cántabro que, desde un pueblo pequeño de Cataluña, escribe trayendo historias, un habla y los contrastes de una tierra que su prosa ha conseguido capturar. De desgracias, pérdidas, supervivencia, violencia larvada y una naturaleza imponente, y a la vez, amenazada, habla una obra que se impregna de oralidad y de cántabru para poner voz a aquellos que, como el protagonista de esta historia y su familia, habitan en los márgenes, en un mundo entre mar y montaña donde los relatos que circulan revisten de magia y poesía a una realidad, a menudo, demasiado dura.

En el norte, nos dice el protagonista, «llueve de lao y llueve p'arriba»; el mar suena a violencia, a una bofetada en la oreja; el este no existe porque allí el sol no sale nunca; el viento del sur te vuelve loco; y las desgracias vienen una detrás de otra. Y hay cosas, añade, que no se deben contar. Alrededor de esas cosas gravita una novela que transcurre durante una jornada de búsqueda en la que reverbera la memoria de una gente que convive con la desdicha como lo hace con la lluvia: entre la indiferencia y la resignación. Un estado que muda en inquietud a medida

que se acerca el momento de la pleamar, Mariuca no regresa y su hermano la busca, temiendo otra desgracia, mientras en una suerte de fluir, su consciencia enlaza presente y pasado, los recuerdos propios con aquellas historias que han ido pasando de boca a oreja, y que tienen tanto de verdad como de mentira. Porque una de las tantas cosas que él aprende escuchando a mujeres como su madre, su abuela, Nanda La Chona o la Mujer Osa, es que resulta difícil llegar a una única verdad ya que «en un pueblo las historias están más vivas que las garduñas. Que como no andes atento, se te cuelan en tu casa y t'acaban jodiendo». Allí donde los límites entre lo verídico y lo inventado se difuminan, crecen las historias que cuentan las mujeres, narradoras espontáneas que traman la mitología de un lugar y una familia; pero también brotan las habladurías: rumores atravesados de prejuicios y odio, que fuerzan a un hombre, como el tío Terio, a tener que marcharse a la montaña, y al protagonista, a correr en la misma dirección, escapando de una muerte y una acusación, y queriendo demostrar, al mismo tiempo, que «yo maricón no soy». En un mundo en el que, como Mariuca le murmura a un mejillón, «los hombres/matan a otros pero/los hombres no/aman a/otros/no/eso no/jeso no se/cuenta!», lo inconfesable es un hueco, una elisión, que se llena con versiones y chismorreos; y también, con los cuentos de transmisión oral que, valiéndose de la imaginación, explican los secretos de ese pequeño universo hasta conseguir que realidad y fantasía sean indistinguibles, como ocurre con las leyendas montañosas de la Mujer Osa, o

con la historia acerca de las estrellas que un hermano mayor le cuenta a su hermana mientras contemplan juntos el mar de noche.

Con todos estos materiales, que el protagonista hace suyos, se teje un relato que narra de manera sinuosa una saga familiar, y a través de ella, las derivas de un territorio en el que la brutalidad cobra muchas formas aunque el trasfondo parezca ser siempre el mismo: la violencia de los hombres. Sobre sus esposas, sobre otros hombres, sobre aquel a quien se considera diferente, un «desgraciao», y sobre una tierra en la que las montañas se «han partido por la mitad pa sacarlas de las entrañas toda la piedra». Ajena a la exaltación de lo bucólico, *Calabobos* retrata una Cantabria que se extiende entre el mar furioso, las montañas y prados «d'un verde que la gente que viene de fuera dice que duele», pero en donde hay también casucas de ventanas podridas, una fábrica de jabón que domina el paisaje y vierte sus residuos al mar, bañeras viejas que se utilizan como bebedero, y bloques y chalets que se ocupan solo en verano. Belleza y fealdad pueden ir de la mano en un entorno signado no solo por la lluvia persistente, sino también por la precariedad y una resistencia al cambio que, sin embargo, no impide trazar un arco social, casi un hilo soterrado, que va de lo pesquero y lo rural a lo industrial, y de allí a la economía del ladrillo. La violencia contra la naturaleza, mientras tanto, se revela como una constante: una conducta ligada a lo masculino, cuyo contrapunto está en los saberes que transmiten los personajes femeninos o en la forma en que Mariuca

se acerca al mar sin miedo, se mueve con naturalidad entre las rocas, y siempre tan callada, les cuchichea a los mejillones y los percebes una letanía que solo ella conoce.

Los versos que Mariuca, personaje de secreta y rara lucidez, le ofrece a estas criaturas sordas se intercalan entre aquello que cuenta el protagonista y las palabras de una madre a la que el mar le trajo una hija para después querer quitársela. Son las voces que componen un relato donde suenan, asimismo, todos esos cuentos que, con algo de leyenda y una parte de verdad, hablan del Trenti, la Guajona y otros seres que habitan en el bosque; y de vainas de las que salen dientes, hombres que pescan pulpos a mordiscos, otros que, desquiciados, se ahogan en un río, tragedias que se repiten, madres que esperan, una chica con vida de mejillón que «no es ni más ni menos vida» que la del resto, y su hermano que, como ella, se esconde entre las rocas, lejos de las miradas y el «el qué dirán», «pa poder vivir». Es mucho lo que cabe en *Calabobos*: desde figuras mitológicas y muertos que todavía se cargan en los brazos, hasta preguntas dolorosas que retumban en el blanco de la página, porque qué se hace cuando la desgracia acecha una y otra vez, y existen cosas que no se deben decir. Historias que solo pueden ser contadas a través de una mezcla de oralidad maleducada, cántabru tosco y fiero y pulso poético: esa lengua única, explosiva, con la que Luis Mario invoca, y a la par crea, un norte en el que hay fiereza, hay odio, hay impotencia, hay desgracia, y pese a todo, también hay ternura y belleza.

# LOS PERSONAJES

## EL PROTAGONISTA

Quien narra esta historia es un joven, sin nombre ni edad definida, que ha vivido lo suficiente para escuchar muchas historias, y ver a algunos del pueblo marcharse, a otros regresar cada verano, y a su madre parir a la pobre Mariuca, una desgracia más, entre tantas, para la familia. Su padre venía de otro sitio, un hombre con fama de inocente que se mató al intentar ahorcarse; su familia materna, en cambio, siempre vivió en esa tierra de la que no sabría cómo marcharse. La montaña es lo más lejos que ha ido, cuando su madre le dijo que corriera para esconderse del hermano de Chanín, que lo estaba buscando para vengarse por la muerte del chico. Alrededor de ese episodio, son muchos los rumores que circulan por el pueblo: hay quien piensa que fue un accidente, otros hablan de que él lo empujó y no falta aquel que dice saber qué hacían dos chicos escondidos entre las rocas. Versiones y versiones de un acontecimiento trágico cuyo recuerdo se reaviva mientras busca con tenacidad a su hermana, temiendo perderla en ese mar que, le enseñó su abuela, hay que querer para que no te haga daño.



«Desde aquí yo sé que a Mariuca la gusta mirar al mar también por la noche. Por las noches, desde aquí, si tienes suerte, se puede ver, sobre el horizonte del mar alguna estrella si s'habría caído, alguna que s'haya estrellao sobre la superficie del mar y quede flotando. Eso la contaba yo a Mariuca, que son las estrellas que llevan muchos deseos de la gente y que pesan mucho y que por eso se caen y s'estrellan y sobre la mar pueden tardar una noche entera en apagarse. Se lo conté a Mariuca de bien criuca y desde entonces ella me pidió siempre ir hasta'l acantilao de noche, me daba con sus puñucos en las costillas haciendo mañucas hasta que yo me giraba y la decía que esa noche no, que iríamos a la noche siguiente. Y luego ya de mayor sé que entonces ella s'escapa sola, cuando mi madre y el Viejo duermen, s'escapa y se tumba entre las uñas de gato, hasta que ve alguna estrella sobre la mar y entonces ya se vuelve. Cuando la cuento la historia a Mariuca, cuando se la contaba, bien sabía yo que esas estrellas eran pesqueros, barcos en alta mar que encendían sus focos pa ver lo que arrastraban en sus redes pero ahora ya no sé, que hay dios, qué va a saber ya uno de lo que es verdá y lo que no...»

### MARIUCA

Su madre dice que se la trajo el mar; para Nanda La Chona, la niña nació «hecha una puta mierda»; y su hermano mayor la recuerda recién nacida, pequeña, «arrugada com'un mejillón reseco al sol» y sin llorar. A los veintiséis meses aún gateaba, y cuando consiguió andar, lo hizo como un títere mal usado, con un par de zapatos ortopédicos y un pañal, que todavía lleva, debajo del pantalón de pana. De sus barbas muchos se han reído, y su hermano, de crío, prefería decir que ella era una «mongola» que su madre había adoptado, aunque ahora le disgusta que en el pueblo la llamen «subnormal». Pocos la conocen como él, que ha reído con ella, se ha tumbado en el prado de noche para mirar el cielo y las luces de los pesqueros, le ha contado historias y la ha visto caminar en círculos entre las rocas, murmurando sus secretos para que solo los escuchen los mejillones y percebes que busca pero nunca se lleva consigo.

«Siempre a sus cosas, Mariuca, camina entre las rocas cuchicheando, buscando mejillones y percebes, percebes y mejillones con sus muñones como los de Mariuca, pero no pa cogerlos, nunca, nunca los coge, esquivando Mariuca la marea y volviendo a casa siempre con menuda caladura; que mi madre teme por ella, porque agarre una del demonio y que la mate como al tío Terio, pero siquiera la dice de cambiarse, cuando en su cuartuco está ella ai sentada y el jersey calao y los zapatucos negros empozaos y el pañal meao y las barbas de mejillón por toda la cara chorreando, que yo sé que piensa, mi madre, ai parada mirándola

desde la puerta, que piensa que con Mariuca ya no hay na más que hacer, la mi pobre, que qué se le va hacer a estas alturas ya con ella más que salir a buscarla de cuando en vez, cuando se viene la plea».

#### LA MADRE

Tiempo atrás, antes de ser madre, esta mujer tuvo ansias de estudiar y marcharse del pueblo. Pero sus sueños se truncaron a los quince años, cuando a la casa del Viejo, por entonces una casa de huéspedes, llegó un forastero, empleado de la fábrica, que en un par de días se convirtió en su marido. No porque ella se hubiese enamorado, sino porque el hombre, que la doblaba en edad y resultó ser un vago y un inocente, la había dejado embarazada. Después de tener que dejar la escuela y empezar a trabajar limpiando casas, y de criar a su primogénito prácticamente sola y parir a Mariuca con mucho esfuerzo, ahora es una madre que, entre la inquietud y la resignación, se pregunta dónde estará su hija, y si quizá el mar, que una vez la trajo, no habrá decidido llevársela.

«Ya trepa el mar pa pedir lo que es suyo. Ya trepa el mar p'arrancarme a la cría. Mariuca, vida mía, si tu hermano sale pa buscarte entre las uñas de gato, si sale pa encontrarte entre las rocas, Dios y la virgen no quieran que vuelva cargao con un muerto, igual que volvió aquel día. Que con una muerte por vida un hombre ya debería tener bastante. Aquella mañana el cielo estaba tapao y gris y también llovía. Llovía de lao. Llovía p'arriba. Yo tendía entre la lluvia. De lo grande a lo chico. De sábanas a calcetines. Siempre. Que bien dicen en el norte que "la ropa empapada pero en el tendal ordenada". Pa que d'una no tengan nada que decir. Pues yo estaba tendiendo cuando escuché al hijo mío gritar. Y miré. Y entonces los vi. Lo vi. Vi a mi hijo cargando con un muerto. Porque era un muerto ya, no era un crío. Vi a mi hijo cargando con un muerto y al momento entendí que con ese muerto cargaría ya toda la vida. Porque mira que dijeron, del mi pobre. Dijeron pero yo nunca los creí. Que fue una ola, por Dios santo. Fue una ola la que mató a ese crío. Pero ahora, por más que ordenaría el tendal, de esta familia seguirían hablando lo mismo».

#### NANDA LA CHONA

A Nanda La Chona las desgracias también la persiguen. Última superviviente de una familia dada a las muertes entre lo trágico y lo absurdo, vive sola en una casona que la madre del protagonista a veces va a limpiar. Por boca de esta mujer, él escucha muchos de los relatos acerca de su tierra y su propia familia, aunque lo que ella cuenta no siempre coincide con lo que explica el resto de la

gente en un pueblo donde las historias, además de contener algunas enseñanzas, parecen estar vivas. Figura querida por el protagonista, por su madre y por su hermana, Nanda es, ante todo, una buena mujer, capaz de arrancarle sonrisas y carcajadas a la pobre Mariuca.

«Es buena mujer, Nanda La Chona. Y a Mariuca la quiere muchísimo. Mariuca anda con pañales y mi madre y yo andamos siempre con cierta vergüenza de que alguien la vea, que ninguno s'entere. Y esa vergüenza que se la hemos pasado a Mariuca, que siempre anda escondiéndose en el baño cuando tiene que cambiarse. Pero con Nanda es diferente. Cuando Mariuca era cría y pasábamos alguna tarde en casa Nanda, que a veces nos cuidaba, Nanda cogía el pañal sucio cuando se lo cambiaba a Mariuca y lo hacía una bola, y entonces nos pasábamos horas tirándonos el pañal sucio y riéndonos, y cómo nos reíamos, que hasta Mariuca lloraba de la risa con una risa que tiene que es com'un ternero. Y rompíamos lámparas a veces y tirábamos jarrones al suelo y Nanda ni s'enfadaba ni na, y cómo s'iba a enfadar si había sido ella la primera en tirarlo. Pero recuerdo a Mariuca, bendita, que la veías la carona de felicidad y las carcajadas como el cacareo d'una gorita y tos hasta arriba de meao y a nadie nos importaba. Es buena mujer, Nanda La Chona, es buena.

Cuando una gata se queda preñada en casa Nanda La Chona, Nanda coge la camada recién parida y la mete en un saco yute. Luego mete el saco yute con los gatines en un bidón negro. Uno que tiene afuera, en la huerta. Uno lleno de agua de lluvia. Los hunde. No se los oye, debajo el agua».

### EL VIEJO

El abuelo del protagonista siempre odió ir a las rocas a buscar mejillones y percebes. Su hermano Terio, en cambio, podía pasar allí domingos enteros, pero el Viejo también odiaba a ese hermano «maricón» que un día no tuvo más opción que irse a la montaña. En cuanto a él, se quedó en la casa del acantilado, trabajando en la fábrica de jabón y cuidando el huerto con su esposa, a la que solo dejaba salir fuera para tender la ropa o secar las vainas al sol los días de viento sur. A su nieto le gusta ver al Viejo caminar por el prado, pero sería capaz de matarlo cuando se mete con Mariuca.

«No es la primera vez que le doy una hostia al Viejo, to hay que decirlo. M'acuerdo d'una vez, de críos, que'l Viejo la dio a Mariuca en tos los morros por andar clavando clavos con un martillo en el marco la puerta, la dio bien que hasta la hizo sangre en el labio. Y yo que m'acuerdo que entonces cogí con una escoba y le di al Viejo por detrás y en toda la espalda que hasta partí el palo y to. Y yo no sé



cómo no lo partí la cabeza o cómo no lo maté. Mejor haberlo matao, porque menudas las hostias que me dio luego, como pa olvidarlas. Tampoco m'olvido d'otra hostia que me dio, un día que yo andaba haciendo de rabiarse a Mariuca y Mariuca lloraba y lloraba armando una de la de dios y hasta que vino el Viejo y me dio con toda la mano abierta en la oreja que ni la vi venir, cagonsos, por meterme con Mariuca, menuda me dio, que estuve una semana entera escuchando en esa oreja el mar. A esto suena el mar en el norte. A violencia. A una hostia suena».

### LA MUJER OSA

En la montaña, cerca de la casa de tío Terio —es decir, todo lo cerca que están las casas en el norte—, vive una mujer a la que llaman la Mujer Osa, por su tamaño y porque se ha instalado en mitad del bosque sin marido. Durante la temporada que el protagonista pasó en casa de su tío, ella le contó muchas historias, parecidas, a veces, a las de Nanda, y otras, acerca de un norte muy distinto, puro bosque y montañas pobladas de criaturas mitológicas. Pero lo que él más recuerda de aquellos días son los bramidos, gemidos y carcajadas de esta mujer que lo inició en el sexo e hizo de él «to un hombre», que viene a ser lo mismo que demostrarle que no es maricón, aunque haya algunos que digan lo contrario.

«Aquella noche de verano me llamó d'un bramido pa no sé qué de los chones pero recuerdo, recuerdo bien, que, cuando llegué y subí los peldaños de piedra y al piso d'encima de las choneras y abrí la puerta, ella estaba echada sobre la cama en aquel cuartuco, desnuda, desprendiendo calor, recuerdo los pechos inmensos cayendo hacia los laos como sacos de cebollas poco llenos y el vello sobre su piel, sobre los hombros hasta'l ombligo como las cerdas del chon y cuando entré, ella abrió las piernas dejándome ver su vagina frondosa que era la primera que yo veía y emanando sexo y entonces me dijo “móntame”. Recuerdo eso, me dijo “móntame”.

Yo apenas acerté a desnudarme.

A perderme entre el forraje de su vientre.

Que ella m'agarró de lo que ya andaba duro y se lo metió pa gemir, gemía com'una osa, gemía tan fuerte que mis ojos en blanco y la pichuca caliente caliente y com'un rayo se me vino aquel placer que casi me parte en dos, me cagondios, de la primera vez que yo la metía en una mujer. Gemía, gemía tan fuerte que susurraban los jabalís. Luego tumbao a su lao ella reía, reía a carcajadas y va y me dice “ya eres to un hombre”, y ni siquiera tiempo me dio a sentir orgullo o vergüenza o qué sé yo qué debía sentir que va y luego dice “igual de inútil”.

Es por esto que yo sé que no soy maricón.

Aunque me digan».

**CHANÍN**

A Chanín, desde chico, lo llamaron «maricón»: por amanerado, porque no le gustaba jugar al fútbol y porque, según se cuenta, un día en el baño de la escuela se asomó para ver desnudo a un compañero. Acostumbrado a recibir golpes y quedarse solo en el patio, Chanín perdió el miedo al mar, de donde podía salir con bolsas llenas de percebes y mejillones. Su única compañía era el protagonista, que a veces bajaba a la costa con él, como aquel día en que una ola lo empujó contra las rocas y el chico tuvo que sacar a Chanín del mar, un cadáver que todavía pesa en sus brazos y su memoria.

«Chanín se mató porque no lo tenía miedo al mar. Yo creo que de tantas hostias que lo dieron, no le importaban las que las olas le podrían dar. Y por eso siempre apuraba mucho, se quedaba hasta que la marea ya se l'había echao prácticamente encima, arrancando y arrancando percebes aunque tendría que hacerlo desde debajo el agua.

Y así acabó.

Que d'una hostia una ola lo empujó contra una roca y se dio justamente en la cabeza y se mató.

Y suerte que andaba yo por ai p'agarrarlo, pa que'l mar no se lo llevaría pa dentro, que vete tú a saber si lo habría devuelto. Suerte que yo andé atento. Pa que luego venga el hijoputa de Tano y diga que yo lo empujé, cagondios, que yo empujé a Chanín dice y dijo que él lo vio to desde onde Suco. Y una polla. Pero si desde onde Suco es imposible ver las rocas onde estábamos nosotros. Las rocas onde se mató Chanín no se ven desde onde Suco. Que diga Tano lo que le salga de los cojones, puto mentiroso. Que to lo que anda diciendo por ai no son más que mentiras, el hijoputa».

## PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *Calabobos* transcurre en un paraje de la costa cántabra, en una época indeterminada. Quien narra la historia, a su vez, es un personaje sin nombre cuya edad no se indica. Faltan referencias espacio-temporales y falta información acerca de los personajes, pero hay algunos detalles esparcidos a lo largo de la novela que permiten contextualizar vagamente la historia. ¿Cuáles son estos detalles? ¿Por qué pensáis que el protagonista carece de nombre y su edad es incierta? ¿Y qué efecto produce la ausencia de referencias temporales más precisas?
2. La novela se desarrolla durante las horas en que Mariuca desaparece y su hermano, narrador de la historia, la busca. La narración de él, sin embargo, no sólo habla de esa búsqueda, sino que nos lleva, también, al pasado a través de sus recuerdos personales y una serie de relatos que conoce gracias a figuras como Nanda, su abuela o la Mujer Osa. ¿Cuál es el papel que desempeñan estas historias de transmisión oral? ¿Qué cuentan? ¿Y qué importancia tienen para el protagonista?
3. Por boca de Nanda, de su madre y de la Mujer Osa, el protagonista escucha historias que se repiten con algunas variaciones. ¿Cuál es el aprendizaje o descubrimiento que hace al oír estas historias que cambian según la narradora? ¿Qué sucede con el límite entre verdad e invención en estos relatos? ¿Cuáles son las características de los relatos de transmisión oral y en qué se diferencian respecto a aquellos que circulan en forma de libros?
4. Las historias que cuentan las mujeres que viven en el pueblo o en la montaña parecen estar vivas, como si fueran variaciones más o menos libres acerca de lo acontecido. Se podría decir que surgen allí donde la frontera entre la verdad y la mentira se desdibuja. ¿Qué más surge en ese lugar? ¿Qué ocurre con las habladurías y los rumores en un universo pequeño como el que se describe en la novela? ¿Qué papel tienen?

5. En la novela hay historias familiares, leyendas y habladurías, pero también, como dice el protagonista, y Mariuca le cuchichea a los mejillones, hay cosas que no se deben contar. ¿Qué es lo que se calla? ¿Por qué hay cosas que se deben ocultar?
6. Mientras busca a Mariuca, el protagonista no puede dejar de recordar el día en que Chanín se mató contra las rocas. Sobre lo ocurrido aquel día existen varias versiones. ¿Consideráis que el protagonista es sincero y lo cuenta todo o hay algunas verdades que calla? ¿Por qué esta desgracia pesa tanto en su memoria?
7. Al igual que Chanín, que solía ser objeto de habladurías y maltratos entre los chicos del pueblo, Mariuca es designada, más de una vez, como una «subnormal» o una «mongola». ¿Cómo reacciona su hermano frente a los comentarios despectivos? ¿Qué sentimientos despierta en él su hermana menor?
8. Para su madre, Mariuca es una criatura nacida del mar. Para su hermano, es «la mi pobre Mariuca». Para alguna gente del pueblo, es una «subnormal». ¿Qué descubre el lector acerca de ella a través de los poemas o cantos que les cuchichea a los mejillones y los percebes? ¿Cómo describiríais a Mariuca?
9. Mariuca busca mejillones y percebes entre las rocas pero, a diferencia de su hermano y los hombres del pueblo, nunca los coge. Su actitud ante estas criaturas, ¿qué simboliza?
10. En la novela, el mar es un elemento central que adquiere diferentes significados. Puede ser fuente de alimento, escenario de desgracias, un lugar amado o uno temido. ¿Cuál es el sentido de aquella frase de la abuela que dice: «tienes que querer al mar»? ¿Y qué representa el mar en la novela? ¿Cómo se relaciona con él cada personaje?

11. Pensando en la relación de los personajes femeninos y masculinos con el mar, con la naturaleza, y también entre sí, ¿diríais que en la novela se marcan diferencias entre lo femenino y lo masculino? ¿A qué emociones, actitudes o saberes está ligado lo femenino? ¿Y lo masculino? ¿En qué órbita situarías al protagonista?
12. La madre del protagonista soñaba con irse a estudiar a alguna ciudad, pero quedar embarazada la hace cambiar de planes. El tío Terio, en cambio, debe irse del pueblo por la fuerza, y tiempo después, el protagonista sigue sus pasos. ¿Cómo se vinculan los personajes con el lugar? ¿Qué los expulsa de allí o, por el contrario, qué los ata? ¿Pensáis que el protagonista querría irse?
13. A las historias de los personajes que sueñan con marcharse o, en cierta forma, deben exiliarse, se suman también aquellas que hablan, por un lado, de las peripecias de la madre de Nanda, que se va a trabajar lejos para volver contando muchos relatos acerca de otros mundos; y por el otro, las de los que se van del pueblo y regresan cada verano. A través de estas historias que el protagonista cuenta, ¿cuál es la mirada que hay respecto a la tierra natal? ¿El protagonista está ligado a ella por el arraigo, la resignación o por un cierto conservadurismo? ¿Cómo se posiciona respecto a todo lo que viene de fuera?
14. El flujo entre el campo y la ciudad es uno de los motivos que aparece en segundo plano en una novela que, recorriendo la saga familiar, cuenta las transformaciones de un lugar. ¿Cuál es la transformación que vive el pueblo? ¿Qué elementos hablan del paso del tiempo? ¿Y cuáles hablan de una resistencia al cambio?
15. *Calabobos* está escrita con una prosa impregnada de oralidad y de cántabru. ¿Por qué el autor utiliza una lengua coloquial para contar esta historia? ¿Pensáis que se trata de darle visibilidad a una variante dialectal o su elección tiene que ver con ponerle voz a personajes que habitan en los márgenes? ¿Cómo imagináis que sería esta novela si estuviese escrita con una prosa más normativa y neutra?

## EL AUTOR



© Carla Step

**LUIS MARIO** (Cantabria, 1992) ha publicado las novelas *El rastro que dejan las gotas* (autopublicada, 2019), *Cadencia de estornino* (Salto de página, 2021) y *Bello trozo redondo de mar* (Sr. Scott, 2023). Trabajó durante años como creativo publicitario para marcas como Nike, Audi y Unicef, pero lo dejó todo para viajar por el mundo y escribir la

que fue su primera novela. También impartió clases de inglés en un campo de refugiados sirios en Grecia y montó una biblioteca en un pueblo de Camboya. Actualmente trabaja como creativo publicitario autónomo desde un pueblito de Cataluña, donde también imparte y comparte un taller de escritura con sus vecinas.



## LA CRÍTICA HA DICHO

«Una voz que te arrolla y te lanza al mar; un zoom preciso e impúdico a una familia del norte, un pueblo, las gentes. Su prosa entra como las mejores historias, es decir, como los mejores chismes».

Anna Pacheco

«La lengua en la que habla esta novela se te pega al cuerpo como la lluvia fina. Cuando te das cuenta ya estás completamente empapada. Luis Mario tiene el don de hacer de la palabra una mesa camilla y, de repente, ya es de noche».

Ángelo Néstore

«Luis Mario señala a Cantabria en el mapa y con un idioma nuevo pero antiguo nos dice: aquí nace la poesía y la brutalidad».

Júlia Però

«Cantabria encerrada en una gota de lluvia. Luis Mario (nos) cae del mismo cielo. ¡Qué libro tan hermoso, mágico y vivo! ¡Cagonsos!».

David Uclés

«*Calabobos* es una de esas novelas raras y extraordinarias que contienen un mundo: hay vainas que producen dientes, huertos en los que se cultivan gorriones, muertos que se cargan a las espaldas durante años y mujeres salvajes que viven encaramadas en la montaña. No vas a poder soltarla pero la novela tampoco te va a soltar a ti. La historia se te mete por debajo de la ropa y te llega hasta los huesos».

Layla Martínez

